

Llegaron delante del Asilo. Macquart, que escuchaba, se bajó del pescante diciendo:

—Es un chiquillo muy modoso, muy modoso. Y además ¡es tan guapo!; ¡un ángel!

Máximo, pálido aún y tiritando á pesar del calor sofocante, no quiso preguntar más. Miraba el amplio edificio del Asilo, los diferentes departamentos, separados por jardines: uno para las mujeres, otro para hombres, aquél para los locos tranquilos, éste para los furiosos. En todo el edificio reinaba la mayor limpieza y una soledad triste, en la cual se oían el ruido de los pasos y el chirrido de las llaves. El viejo Macquart conocía á todos los guardas. Las puertas se abrieron ante el doctor Pascual, que estaba autorizado para cuidar á varios enfermos. Siguieron primero una galería y luego torcieron hacia un patio: allí estaba la habitación del primer piso, empapelada de color claro y sencillamente amueblada con un lecho, un armario, una mesa, un sillón y dos sillas. La guardesa, que no debía abandonar á su enferma, acababa de ausentarse. No había allí nadie más que, en un extremo de la mesa, la loca, rígida, en un sillón, y en el otro, el niño, en una silla, absorto [en recortar figuras de papel.

—Entrad, entrad—dijo Macquart.—No hay peligro; está tranquila.

La anciana Adelaida Fouque, á quien sus nietos y toda la familia conocían por el nombre cariñoso de Titi-Dida, ni siquiera volvió la cabeza al oír ruido. Desde su juventud, los desarreglos nerviosos la habían desequilibrado. Ardiente, apasionada, presa de grandes crisis, había llegado á los ochenta y tres años, en cuya edad un dolor terrible, un grave disgusto, la había vuelto loca. Desde entonces, hacia veintitrés años, sufría una paralización de sus facultades mentales, una debilidad profunda, que hacía imposible toda curación. En la actualidad, á los ciento cuatro años, vivía en el asilo como una cosa olvidada, una loca tranquila, con el cerebro petrificado, en el cual la locura podía estacionarse muchos años, sin que sobreviniese la muerte. La senectud le había atrofiado los músculos. Como si el tiempo se hubiese tragado sus carnes, la piel se hallaba pegada al hueso, y era necesario trasladarla desde el lecho al sillón. Y este esqueleto amarillo, disecado, como árbol secular que no conserva sino la corteza, permanecía erguido en el sillón, no mostrando más que los ojos relucientes en su

rostro largo y flaco. Miraba fijamente á Carlos.

Clotilde, algo temblorosa, se aproximó á ella.

—Titi Dida, somos nosotras que venimos á verla... ¿No me conoce V.? Soy su nieta, que acostumbra venir á darla un abrazo.

La demente parecía no oír. Sus miradas se fijaban en el niño, el cual acababa de cortar con las tijeras un rey encarnado con capa de oro.

—Vamos, mamá—dijo Macquart—no te hagas la tonata. Bien puedes mirarnos. Aquí está un caballero, un nieto tuyo, que acaba de llegar de París en el expreso.

Al oír esta voz, Titi Dida volvió la cabeza. Paseó lentamente sus ojos vacíos y claros sobre todos: después los paró en Carlos, y volvió á caer en su contemplación. Nadie hablaba.

—Después del terrible choque que recibió—dijo al fin Pascual en voz baja—toda inteligencia y todo recuerdo parecen extinguidos en ella. Casi nunca habla; sólo, á veces, tartamudea palabras incoherentes. Ríe y llora sin motivo. Es como una masa inerte á la cual nada afecta... Sin embargo, no me atrevo á decir que la imbecilidad sea completa y que

los recuerdos no estén amontonados allá, en el fondo... ¡Pobre vieja! ¡Cuánto la compadezco, si todavía la queda algo de luz intelectual! ¿En qué pensará desde hace veintinueve años, si se acuerda de algo?

Con un ademán, apartó de sí el tremendo recuerdo del pasado. Se le figuraba verla joven, alta, pálida, delgada, de mirada extraviada; luego, viuda de Rougon, el toscó jardinero, á quien había querido por esposo, y después, antes de terminar el período del luto, lanzarse en brazos del contrabandista Macquart, á quien amaba con amor de loba, y con el cual no llegó á casarse. Así había vivido quince años, con un hijo legítimo y dos bastardos, en medio del desorden y del capricho, desapareciendo durante semanas enteras y volviendo desfallecida, con los brazos negros. Macquart murió luego como un perro, de un tiro de un gendarme; y este primer golpe la dejó aturdida. Desde entonces, su rostro demacrado sólo conservaba vida en sus ojos, que eran manantiales de lágrimas; se retiró del mundo á la soledad de la casucha que le había dejado su amante, llevando durante cuarenta años la existencia de una monja, víctima de espantosas crisis nerviosas. Mas otro segundo disgusto

debía acabarla, sumiéndola en la demencia: Pascual se acordaba de la escena terrible á que él había asistido: á un pobre niño, á quien la abuela tenía en casa, su nieto Silverio, víctima de los odios y de las luchas sangrientas de la familia, le destrozó la cabeza de un pistoletazo un gendarme en la represión del movimiento insurreccional de 1851. Siempre la sangre la salpicaba.

En tanto, Felicidad se aproximó á Carlos tan absorto con sus figuras de papel que ni el mundo entero le distraería.

—Queridito, este caballero es tu padre..
Abrazale.

Y desde aquel momento, todos se fijaron en Carlos.

Iba el niño muy bien vestido, con chaqueta y pantalón de terciopelo ribeteado de galón de oro. Con su palidez de azucena, sus ojos claros y la brillantez de sus cabellos rubios, parecía el hijo de uno de aquellos reyes cuyas figuras recortaba. Pero lo que más chocaba entonces, era su parecido con Titi Dida, esa semejanza que había saltado tres generaciones y que se transmitía desde aquella cara centenaria, disecada, de líneas ajadas, á la faz delicada del niño, que parecía también borrosa, muy vieja y consumida

por el desgaste de la raza. Enfrente el uno de la otra, el niño imbécil, de una hermosura cadavérica, parecía el fin de la ascendiente, de la olvidada.

Máximo inclinóse para besar en la frente al niño, sintiendo frío en el corazón, inquieto con aquella rara belleza de Carlos. Su malestar se había agravado en aquella sala de locura, donde se sentía un soplo de miseria humana que venía de lejos.

—¡Qué hermoso eres, pequeño!... ¿Me querrás un poquito?

Carlos le miró, y no comprendiendo nada volvió á cortar sus figuras de papel.

Quedaron todos de pronto sobrecogidos. Sin cambiar la expresión muda de su semblante, Titi Dida lloraba, derramando una oleada de lágrimas que rodaban de sus ojos vivos por sus mejillas muertas. No apartaba la vista del niño, y lloraba lentamente, sin cesar.

Pascual sufrió una emoción extraordinaria. Había cogido á Clotilde por un brazo y se lo apretaba con fuerza, sin que ella pudiese comprender el motivo. Aparecía ante su vista toda su ascendencia, la rama legítima y la bastarda, que había retoñado de aquel tronco lesionado y herido ya por la neurosis.

Ante él estaban las cinco generaciones: los Rougon y los Macquart; Adelaida Fouque, la raíz; después el viejo bandido, su tío; luego él mismo; luego Clotilde y Máximo, y, por último, Carlos. Felicidad ocupaba el puesto de su marido, muerto... No había solución de continuidad; la cadena se desarrollaba con toda su herencia lógica é implacable, y ante aquel siglo evocado en el fondo de la trágica celda, donde se sentía el soplo de la miseria venida de lejos, todos, á pesar del calor sofocante, sobrecogidos de inmenso horror, temblaban de frío.

—¿Qué ocurre, maestro?— preguntó en voz baja y temblorosa Clotilde.

—Nada, nada—murmuró el doctor.—Ya te lo diré después.

—Macquart, que era el único que veía, riñó á la vieja. ¡Vaya una ocurrencia, recibir con lágrimas en los ojos á las gentes que venían á visitarla! Eso no era de buena educación. Después se dirigió á Máximo y á Carlos.

—En fin, sobrino, ya ves á tu chiquillo. ¿No es cierto que es muy guapo y que te honra?

Felicidad se apresuró á intervenir, descontenta del giro que tomaban las cosas, sintiendo gran prisa por marcharse.

—Es, efectivamente, un hermoso niño, más precoz de lo que podía creerse. Mirad qué destreza tiene en las manos... Y ya verás cuando le desasnes en París, de mejor modo que hemos podido hacerlo en Plassans.

—Sin duda, sin duda—dijo Máximo...—No digo que no... Reflexionaré.

Permaneció un momento indeciso, y luego añadió:

—Ya comprenderéis que no vine más que con el objeto de verle. No puedo llevármelo ahora, porque he de pasar un mes en San Gervasio... Pero á mi vuelta á París... ya lo pensaré y os escribiré.

Y luego, sacando su reloj, dijo:

—¡Diablo! Las cinco y media... Por nada del mundo quisiera perder el tren de las nueve...

—Sí, sí, partamos—dijo Felicidad.—Nada tenemos ya que hacer aquí.

En vano Macquart trató de detenerles, refiriéndoles mil historias. Habló de los días en que Tití Dida balbuceaba, afirmando que una vez la había encontrado entonando una canción de su juventud. Por otra parte, no necesitándolo él del coche, llevaría á pie al niño, puesto que se lo dejaban.

—Abraza á tu padre, chiquillo, porque se

sabe cuándo se vé á una persona, pero no si se la volverá á ver.

Con igual movimiento, entre sorprendido é indiferente, Carlos levantó la cabeza, y Máximo, turbado, le dió el segundo beso en la frente.

—Se bueno y prudente, hijo mío... y quíreme algo.

—Vamos, vamos: no tenemos tiempo que perder—repitió Felicidad.

En aquel momento la enfermera entró en la celda. Era una mujer gruesa, vigorosa, dedicada al servicio de la loca. La acostaba en la cama, la levantaba, la daba de comer y la limpiaba como á un niño. Inmediatamente se puso á hablar con el doctor Pascual, que le hizo algunas preguntas. Uno de los sueños acariciados por el doctor era el de curar á los locos por su método, ó sea por medio de inyecciones. Ya que en ellos el cerebro es el que desfallece, ¿por qué las inyecciones de sustancia nerviosa no habian de robustecerlo, prestándole voluntad y reparando las lesiones del órgano?

En cierta acasión había él pensado ensayar su medicación en la anciana; después le asaltaron escrúpulos, cierto terror sagrado, sin contar con que la demencia, á tal edad,

era la ruina total, irreparable. Entonces se fijó en un sombrerero llamado Sarteur, que se encontraba desde hacia un año en el Asilo, adonde había pedido él mismo que le encerraran para evitar un crimen. Durante sus crisis le acometía tal deseo de matar, que se hubiese arrojado sobre quien tuviese más próximo.

Pequeño, muy moreno, con la frente hundida, la cara alargada como el pico de un pájaro, con nariz larga y barba corta, tenía la mejilla izquierda más abultada que la derecha. El doctor obtenía resultados milagrosos sobre este loco furioso, que durante un mes se vió libre de accesos. La enfermera, interrogada, contestó que Sarteur, tranquilo ya, iba cada vez mejor.

—¿Oyes, Clotilde?—dijo con alegría Pascual. No he tenido tiempo para verlo esta tarde, pero volveremos mañana, que es mi día de visita... ¡Ah, si yo me atreviera... si fuera joven todavía!...

Sus miradas se posaron sobre Tití Dida. Pero Clotilde, que se reía de su entusiasmo, dijo dulcemente:

—No, no, maestro; tú no puedes rehacer la vida... Vamos, ven. Nos hemos quedado solos.

Era verdad, porque los demás habían salido. Macquart, en el umbral de la puerta, miraba alejarse á Felicidad y á Máximo, con su sorna de hombre que parecía burlarse del mundo. Teti Dida, la reclusa, permanecía inmóvil, con su delgadez espantosa, los ojos fijos en Carlos, el niño de rostro pálido, demacrado, con aureola de cabellera de rey.

La vuelta fué embarazosa para todos. El landó se deslizaba pesadamente sobre la tierra, que exhalaba caliente vaho. El cielo estaba tempestuoso y el crepúsculo se desvaneció entre nubes oscuras y cobrizas. Los viajeros sólo cambiaron algunas palabras. Cuando entraron en las gargantas de la Seille, cesó la conversación, bajo la amenaza y la inquietud que inspiraban las rocas gigantes que parecían unirse.

¿Sería aquello el fin del mundo? ¿No se despeñarían en lo desconocido de algún abismo? Pasó un águila lanzando un grito agudo.

Reaparecieron los sauces, y cuando llegaron al trozo de camino que orillaba el río Viorne, Felicidad, sin transición, como si continuara un diálogo comenzado, dijo:

—No temas que se niegue la madre... Quiero mucho á Carlos, pero es una mujer lista que comprende perfectamente que el interés

del niño consiste en que te lo lleves... Es necesario decirle, además, que el chiquilo no puede ser dichoso en su casa, porque su padrastro, naturalmente, prefiera á su hijo y á su hija. En fin, es preciso que lo sepas.

Y continuó de este modo, queriendo sin duda interesar á Máximo y arrancarle una promesa formal. No cesó de hablar hasta Plassans.

Y luego, de pronto, cuando el landó traqueteaba ya en el empedrado del arrabal:

—Mira—dijo—ahí está la madre: esa rubia, gruesa, en aquella puerta.

Estaba, efectivamente, en la puerta de una guarnicionería, donde había colgados arneses y ronzales. Justina tomaba el fresco sentada en una silla y haciendo calceta, mientras el niño y la niña jugueteaban en el suelo, cerca de ella. Detrás de ellos, en la sombra de la tienda, se vislumbraba á Tomás, un hombre grueso, tostado, ocupado en recoser una silla.

Máximo levantó la cabeza sin emoción, por mera curiosidad, y se quedó sorprendido ante aquella mujer robusta de treinta años, de aspecto tan discreto y *tan burgués*, en quien nadie reconocería á la atolondrada mozueta con quien había él retozado, cuando

ambos, de la misma edad, apenas contaban diez y siete años.

Máximo sintió quizá tan sólo cierta angustia en el corazón al verse enfermo y ya viejo, mientras ella se mostraba más hermosa y serena en su robusted.

—Nunca la hubiera conocido — dijo.

Y el landó, sin detenerse, penetró en la calle de Roma. Desapareció Justina, la visión del pasado, tan diferente ahora, sumiéndose en las vaguedades del crepúsculo con Tomás, los niños y la tienda.

En la Souleiade, la mesa estaba servida, Martina había preparado una anguila del Viorne, un conejo salteado y una pierna de carnero. Eran las siete; había tiempo para comer con reposo.

—No te apures — repetía el doctor Pascual á su sobrino. — Nosotros te acompañaremos hasta la estación. Se llega en diez minutos... Como no llevas maleta, no necesitas más que tomar el billete y colarte en el tren.

Y luego, encontrando en el vestíbulo á Clotilde, que estaba colgando el sombrero y la sombrilla, la dijo á media voz:

—¿Sabes que tu hermano me preocupa?

—¿Por qué?

—Lo he observado bien, y no me gusta el

camino que lleva... Nunca me engaño en este punto... En fin, está amenazado por la ataxia.

Clotilde palideció intensamente, y repitió:

—¡La ataxia!...

En su imaginación surgió la cruel imagen de un vecino suyo, joven aún, á quien ella, durante diez años, había visto en un cochecito arrastrado por un criado... ¿Era el peor de los males, la falta de movimiento, el hachazo que separa á un vivo de la vida?

—Sin embargo — murmuró Clotilde — él no se queja más que de reumatismo...

Pascual levantó los hombros, y poniéndose un dedo en los labios, pasó al comedor, donde estaban ya sentados Felicidad y Máximo.

La comida fué muy cordial. La repentina inquietud nacida en el corazón de Clotilde se cambió en ternura para con su hermano, sentado frente á ella.

Le atendió cariñosamente, obligándole á tomar los mejores trozos de la comida. Dos veces regañó á Martina por apartar los platos demasiado pronto. A Máximo, cada vez le seducía más esta hermana tan buena, tan sensata, tan amable, cuyo encanto le envolvió como una caricia. De tal modo le cautivó, que un proyecto, hasta entonces vago,

comenzó á determinarse en su cerebro. Puesto que su hijo Carlos le había aterrorizado con su belleza cadavérica, su porte regio de imbecilidad enfermiza, ¿por qué no llevarse consigo á su hermana Clotilde? La idea de tener en casa una mujer le causaba terror, porque las odiaba á todas, después de haber gozado de ellas en la juventud; pero aquélla le parecía realmente maternal. Además, el tener una mujer honesta en su casa le transformaría, haciéndole bueno. Su padre, entonces, no le llevaría á casa mozuelas perdidas, como sospechaba que hacía ahora, con objeto de consumirle la vida y de apoderarse de su fortuna. El terror y el odio á su padre le decidieron.

—¿No te casas?— la preguntó para explorar el terreno.

La joven se echó á reír.

—¡Oh! No corre prisa.

Después dijo risueñamente mirando á Pascual, que había levantado la cabeza:

—¿Quién sabe? Yo no me casaré nunca.

Felicidad quedó sorprendida. Desde que la había visto tan íntimamente unida con el doctor, había deseado con frecuencia que se casara para romper aquel lazo, y que su hijo quedase solo en el hogar medio destrui-

do, donde ella sería el ama, la dueña de todo. Con este pensamiento recurrió al testimonio de Pascual: ¿no es cierto que la mujer debe casarse y que el celibato es contra naturaleza? Pascual le dijo que sí, sin apartar la mirada de Clotilde.

—Sí, sí; es necesario casarse... Clotilde es demasiado sensata para no hacerlo...

—¡Bah!—interrumpió Máximo—quizá tenga razón... Para ser tal vez desdichada. ¡Hay tantos malos matrimonios!

Y luego, decidiéndose, dijo:

—¿Sabes lo que debes hacer? Pues venirme conmigo á París. He reflexionado, y me espanta tomar á mi cargo á un niño en el estado de salud en que me hallo. ¿No soy yo mismo un chiquillo, un enfermo que necesita que le mimen? Tú me cuidarás y estarás á mi lado el día que llegue á baldarme de las piernas...

Su voz temblaba de emoción, de enternecimiento por su propia persona. Se veía enfermo, y veía á Clotilde, á la cabecera de su cama, como una hermana de la caridad. Si ella se decidía á permanecer soltera, él le dejaría de buena gana su fortuna, antes de que pasara á manos de su padre. El terror que le inspiraba el estar solo, la necesidad

en que se vería pronto de tener una enfermera, le volvían muy tierno.

—Harias muy bien y no tendrías por qué arrepentirte.

Martina, que estaba sirviendo la pierna de carnero, se paró sobresaltada. La proposición causó igual efecto en todos los comensales. Felicidad fué la primera en aprobar la idea, pensando que esto le ayudaría en sus propósitos. Miraba á Clotilde muda y aturdida, mientras que el doctor Pascual, muy pálido, esperaba...

—¡Oh! ¡Hermano mío, hermano mío!—balbuceó la muchacha, sin hallar otra cosa que decir.

Entonces intervino la abuela.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre? Me parece muy bien lo que te propone tu hermano. Si él teme llevarse ahora á Carlos, tú puedes marcharte cuando quieras, y más tarde mandar que lleven al niño... Vamos, vamos... Esto se arregla perfectamente. Tu hermano se dirige á tu buen corazón. ¿No es verdad, Pascual, que Clotilde le debe dar una respuesta favorable?

El doctor hizo un gran esfuerzo para serenarse; pero aún se le notaba el estupor que había padecido. Habló lentamente.

—Os repito que Clotilde es muy sensata, y que si debe aceptar, aceptará...

La muchacha, en medio de su aturdimiento, se revolvió contra estas palabras:

—Maestro, ¿tienes gana de que me marche?... Ciertamente que Máximo es muy bueno; le doy las gracias de todo corazón... Pero ¡Dios mío! ¡Tener que marcharme! ¡Abandonar todo cuanto amo, todo lo que amé hasta ahora!

Con un ademán amplio designó los seres y las cosas, comprendiendo la Souleïade entera.

—¿Y si á pesar de todo—dijo Pascual mirándola con fijeza—Máximo tuviera necesidad de ti?

Los ojos de la joven se humedecieron; permaneció un instante temblorosa. Sólo ella comprendió á Pascual. La visión cruel había sido evocada nuevamente. Máximo enfermo, conducido por un criado en un carricoche como el vecino que ella recordaba. Sin embargo, su pasión luchaba con su ternura. ¿Tenía, acaso, algún deber que cumplir con un hermano que durante quince años había sido para ella como un extraño? ¿No estaba su deber donde estaba su corazón?

—Oye, Máximo—terminó por decir—deja-

me reflexionar; yo también lo necesito. Ya veré... Ten la seguridad que te lo agradezco, y si algún día me necesitas realmente, me decidiré sin duda.

No consiguieron que se comprometiese a más. Felicidad, siempre febril, quedó rendida, mientras el doctor afirmaba con afectación que Clotilde había dado su palabra. Martina, que servía un plato de crema, no ocultaba su alegría. «¡Llevarse á la señorita! ¡Vaya una ocurrencia, para que el señor se muriese de tristeza quedándose solo!»

Este incidente desanimó el fin de la comida. Estaban aún en los postres cuando dieron las ocho y media. Desde este momento, Máximo, inquieto, impaciente, quiso partir.

En la estación, adonde le acompañaron todos, abrazó por última vez á su hermana.

—Acuérdate de mí.

—No tengas miedo—dijo Felicidad.—Aquí estamos nosotros para recordarle su promesa.

El doctor sonreía, y cuando el tren se puso en marcha, los tres agitaron sus pañuelos.

Luego, después de acompañar á la abuela hasta la puerta de su casa, el doctor Pascual y Clotilde entraron tranquilamente en la Souleiade y pasaron una velada deliciosa.

El malestar de las anteriores semanas, el sordo antagonismo que les separaba, parecía haberse extinguido. Jamás habían experimentado semejante dulzura al verse juntos, inseparables. Sintieron algo parecido á lo que experimenta el que despierta curado, después de una enfermedad, con la esperanza y la alegría de vivir. La noche era calurosa, y permanecieron largo tiempo bajo los plátanos, escuchando el ruido del hilo de agua de la fuente. Y allí, sin hablar, saboreaban profundamente la dicha de estar juntos.